



Intención Misionera - INTENCIÓN MISIONERA - Agosto 2006: "Para que los fieles cristianos sean conscientes de su vocación misionera en todos los ambientes y circunstancias"

Comentario a la intención misionera indicada por el Santo Padre a cargo de Sor Elisabetta Adamiak, Superiora General de las Hermanas Misioneras de San Pedro Claver (SSPC)

Roma (Agencia Fides) - La Iglesia, vive en el mundo aunque no es del mundo (Cfr. Jn 17, 16) y es enviada a continuar la obra redentora de Jesucristo, la cual mientras que "de suyo tiende a salvar a los hombres, comprende también la restauración incluso de todo el orden temporal" (Cfr. AA 5). Por eso, el mundo, destinado a glorificar a Dios Padre en Cristo, es el ámbito y el medio de la vocación cristiana de los fieles los cuales, por el bautismo, son corresponsables de la misión de la Iglesia (Cfr. CL 15).

Actuando la común llamada a la santidad y al apostolado, los fieles cristianos son llamados a contribuir a la santificación del mundo, sobre todo con el testimonio de su vida y con el fulgor de la fe, de la esperanza y de la caridad (Cfr. LG 31), iluminando y ordenando las realidades temporales según Dios. Estas sirven a la sociedad viviendo radicalmente el Evangelio y evangelizando la cultura. En su compromiso social y político tratan de promover la dignidad de la persona humana, poniendo al hombre en el centro de la vida económica-social; se comprometen en defender el inviolable derecho a la vida, a la libertad de conciencia y a la libertad religiosa. El primer espacio de su compromiso social es la familia y el alma de su compromiso apostólico es la caridad (Cfr. CL 25).

El Papa Benedicto XVI define con maestría la elección fundamental de la vida de todo cristiano y las motivaciones de su compromiso apostólico en una "fórmula sintética de la existencia cristiana": "Nosotros hemos conocido el amor que Dios tiene por cada uno de nosotros, y hemos creído en él" (1Jn 4, 16) (Cfr. Encíclica *Deus caritas est* n° 1). En efecto, reconocer y creer el amor que Dios tiene por cada uno de nosotros - por cada hombre y mujer sobre la tierra - y sentirse llenos de un amor así, estimula fuertemente a compartirlo, a comunicarlo a los demás, esto es a vivir activamente la propia pertenencia a la Iglesia Misión.

Siendo, sin embargo, el término amor una de las palabras más usadas y más abusadas en el lenguaje de hoy, no supone una sorpresa que también para los cristianos - incluso para aquellos más comprometidos - es bastante difícil creer que Dios nos ama, es más, que nos ha amado primero; y esto explica, al menos en parte, la debilitación de la conciencia de la grandeza de la vocación cristiana.

¿Cómo reforzar tal conciencia? Una indicación la encontramos en la citada Encíclica *Deus caritas est*: "Ha llegado el momento - dice el Santo Padre - de reafirmar la importancia de la oración ante el activismo y el secularismo de muchos cristianos" (N° 37). Por lo tanto todos nosotros miembros de la Iglesia - ministros ordinarios, consagrados y laicos - debemos acudir a la oración, cultivando una cada vez más profunda familiaridad con Dios y el abandono a su santa voluntad. Sólo así, aunque seamos un "pequeños rebaño", nos convertiremos en levadura evangélica capaz de fermentar la gran masa de la humanidad; porque sólo el encuentro personal con el Padre de Jesucristo, al que queremos conducir a los demás, podrá impedir la degradación del hombre y salvarlo de la prisión del mal.

Ser conscientes de la propia vocación cristiana, significa creer que el amor es posible, y que nosotros somos capaces de practicarlo porque hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios, significa creer que, con su gracia, somos capaces de vivirlo y hacer entrar en la luz de Dios en el mundo de hoy tan sediento de amor (Cfr. DCE 39). Sor Elisabetta Adamiak, SSPC. (Agencia Fides 22/7/2006 Líneas: 46 Palabras: 656)